

LO RESISTENTE

La resistencia física ha sido considerada, desde los estoicos («antitipia»), como una prueba de la existencia de la realidad exterior frente a la identidad espiritualista del yo. En cambio, la resistencia moral, contra todo sistema político basado en principios de autoridad (dictaduras y oligarquías) constituye la única prueba de la existencia de la libertad. La resistencia de la libertad es más decisiva, para mantenerla viva, que las instituciones fundadas para sustituirla por la inercia de la libertad (democracia). En la resistencia del sentimiento de la libertad, ésta manifiesta su existencia en estado puro. Nada la puede doblegar. En ella está el único fundamento de la libertad política.

Ningún ideal realizable de humanidad ha llegado a nacer sin anidar primero en ese castillo de resistencia moral, no sólo contra los asaltos inhumanos de la autoridad —eso no rebasaría los límites del noble egoísmo—, sino contra todas las ideas deshumanizadas que legitiman, en la opinión común, los sistemas creadores de tipos bochornosos de autoridad. Se resiste mejor la injusticia particular que no cesa de cometer una forma injusta de Gobierno, que la opinión general del consenso que la sostiene. Aquí no basta ya el esfuerzo primitivo de resistencia. Pues hace falta el concurso de una inteligencia del mundo de la libertad que comunique sentido impersonal al ánimo personal de resistir.

A pesar de la glorificación que se hizo, después de la guerra mundial, de los movimientos de resistencia contra el fascismo (que sea un asunto tabú en España demuestra el continuismo en el respeto a la dictadura), no hay en la literatura política nada comparable a la original reflexión sobre la resistencia en la teoría del conocimiento de la realidad del mundo exterior. Que en algunos filósofos, como Fichte, Maine de Biran y Dilthey, tomó la importancia del «cogito» cartesiano: «Resiste, luego existe». La reacción desencadenada por la resistencia del mundo a las aspiraciones infinitas del yo parecía resolver así un serio conflicto intelectual que la sola razón no podía dirimir. Ortega popularizó esta idea en su conocida frase de que «nada aparece ante nosotros como realidad sino en la medida en que es indócil». No participo de este truco, ultimado por Heidegger, que invierte la carga de la prueba del mundo físico. Cuya realidad no necesita de una conciencia humana que pruebe la existencia del universo, antes y después de la del hombre sobre la Tierra. Otra cosa es que esta conciencia perciba la realidad tal como es o tal como parece. Cuestión impropia del mundo moral. Donde la libertad es libre elección y remoción del poder. Y si sólo lo parece, como en todas las formas de oligarquía, no es libertad política.

Cuando la resistencia organizada contra la dictadura se derritió como cera, al primer contacto con el calor palaciego



que acogía la Reforma oligárquica de la Dictadura, quedó patente que aquel material fungible, y sin carácter moral, no se había forjado en las fraguas de la libertad, sino en las de la ambición de poder a cualquier

precio. Pues allí no había, a la hora de la verdad, ni voluntad de libertad de resistencia, ni sentimiento instintivo del mínimo esfuerzo por la libertad de los otros. La libertad política naufragó en una catástrofe moral, pero no fue derrotada porque no hubo lucha ni resistencia. Ni siquiera la resistencia pasiva de decir No a la invitación de participar en el simulacro de la Libertad. Unas libertades otorgadas desde el poder, dentro de los límites que aseguraban la continuidad del mismo tipo de dominación. Unas elecciones sin posibilidad de elegir la forma de Estado y de Gobierno, ni a los representantes del electorado.

Lo resistente volvió a entrar y vencer en su fuero insobornable: la resistencia personal contra el poder no elegido libremente y contra la falacia que lo sostiene como si fuera democrático.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

LA VISITA DE BUSH

El ex presidente de los Estados Unidos, ex director de la CIA y padre del posiblemente nuevo presidente norteamericano, George Bush, ha visitado estos días España en un viaje que ha despertado extraordinariamente la atención del espía J.B.

El hombre que cosechó la caída del Muro de Berlín y se alzó en su día con la victoria militar en la Guerra del Golfo, ha sido recibido en España al más alto nivel, como si se tratase de una visita privada de un presidente en ejercicio. Pero no es eso lo que ha interesado al amigo de Juan Bravo, ni siquiera el objetivo declarado del

viaje (la inauguración de una clínica contra el cáncer de capital norteamericano), sino la oportunidad con que se produce.

Aduce el espía que estos días se negociaban demasiadas cosas entre España y los Estados Unidos, como es el caso del tratado bilateral y el uso de las bases, para dejarlas en el barbecho de la campaña electoral y de la polémica para designar un nuevo líder en los EE UU. Y la verdad es que Bush reúne las influencias que deben acompañar a un embajador plenipotenciario. Aunque lo sea de forma extraoficial.

Juan BRAVO



POR HUEVOS



Entre los muchos miles de manifestantes aragoneses que, en dos ocasiones, han mostrado su repudio al plan hidrológico nacional y, muy especialmente, a los trasvases del padre Ebro, ninguno podía imaginar la razón última de su segura bendición parlamentaria, la explicación primigenia de su génesis y de su victoria, el definitivo porqué del impulso gubernamental: «por huevos», dice Arias Cañete; «por cojones», dice Cañete que dijo Aznar en pleno Consejo de Ministros. Lo espetó el inefable ministro en Jumilla; acosado como estaba el pobre por el natural descreimiento de la gente murciana, harta de un Segura más seco que los pechos de arena que Federico atribuía a las casadas estériles. Puede que con el alma ligera y la lengua bailona por el vino jumillano trasegado para brindar por éxito tan lisonjero, «por huevos» dijo. Que no por huebos, es decir por el poder de la autoridad competente. Así como existen los cuernos del poder, también tienen vida los huebos de la autoridad. Pero Arias Cañete se refería, puede que con algún regüeldo en agraz, a los testículos, tan cercanos siempre, al menos como criadillas, al ministro de Ganadería. No parece que pensase en el «huevo de fraile» o cabalonga mexicana

ni en el «huevo cósmico» de la imaginería brahmánica. Ni en el «huevo de Gauvain», que es de vidrio y no testigo orgánico del ciprés genital. Ni en el «huevo eléctrico», que es vasija y no cojón. Ni en el «huevo de Osiris», con sus doce

pirámides blancas y otras doce negras. Ni, en fin, en el «huevo de gallo», que es apocinácea cubana. Nada de eso. Se refería a sus mismísimos huevos como fuente y garantía de su poder decisorio en el trasvase del Ebro. Al citar a su jefe y maestro, utilizó una expresión más rotunda, de mayor rango jerárquico y genésico: «por cojones», dice Arias que dijo Aznar. No añadió —quizá el regüeldo en agraz se lo impidiese— si los ministros reunidos en Consejo propusieron de consuno para su jefe la concesión de una de las condecoraciones más preciadas en Celtiberia: la Real y Militar Orden del Cojonazgo. Es posible que la propuesta ministerial quedase en suspenso ante la terrible figura que, según el eximio Arias, émulo del «doctor subtilis», utilizó el presidente: «será un paseo militar». Se refería al trámite parlamentario del plan hidrológico. No cualquier paseo: cívico, amistoso, enamoricado, dialogante, festivo, terapéutico o consensuado con Zapatero y demás tropa Militar. ¿De qué arma, división, regimiento, instituto o academia? Nada dijo al respecto el metafísico ministro. No entraba en sus planes dar pistas al enemigo. ¿Será un paseo militar de carácter radiactivo para exhibir con la marcialidad exigible el orgullo nacional por la gesta del Tireless? ¿Para celebrar con fasto castrense la fuga de Mobutu que, al parecer, corre por la campaña gala perseguido de cerca por el propio Chirac, el gran dador de prebendas municipales parisinas a sus gardingos? ¿Para intimar al fiscal y al juez a que cumplan, a la usanza más pretoriana posible, con el encargo de linchamiento de Pepe Rei que, como todo el mundo sabe, anduvo en el asesinato de Viriato y de Prim y que, según el magnífico Rajoy, está ya juzgado y condenado por la convicción moral de una opinión pública debidamente «mediaticada»?

Ya lo sabe el pueblo aragonés. Se muevan lo que se muevan, aunque sean millones los manifestantes, aunque la mismísima Virgen del Pilar encabece la protesta amenazando con que quiere ser francesa, aunque resucite Antonio Pérez, aunque el Rey Fernando el Católico —enemigo de la paz y la lealtad según el felón Maquiavelo— aparezca en el frente con doña Germana. De nada les valdrá. «Por huevos», según el egregio Arias; «por cojones», según dice Arias que dijo el portento presidencial. Y se acabó. No vendría mal que en pleno paseo militar aznariano, ebrio de enseñas, arquivoltas, guimaldas y sapos del Ebro, algún mozo baturo declamara por un megafono los viejos versos de Miguel Hernández: «Esas fugitivas cacas/ que hace tiempo que me duelen/ en los cojones del alma». ¿Se refería a esos cojones el presidente Aznar según la versión que de su eructo nos ha dado el seguro sucesor de Arias Montano?

Joaquín NAVARRO